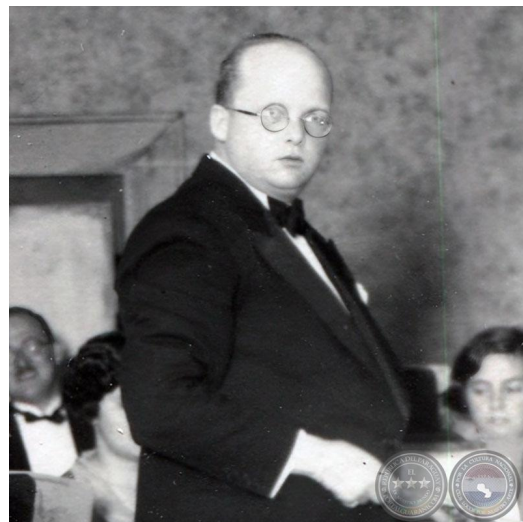


## Biografía



### **KAMPRAD, ALFRED**

Violinista. Nació en Sajonia, Alemania en 1893. Fue segundo violín en la Filarmónica de Berlín, en la que actuó bajo la batuta de Richard Strauss y Siegfried Wagner.

Llegó al Paraguay en 1923 dedicándose a la docencia y a presentaciones públicas en conciertos y funciones de cine mudo.

Se desempeñó como profesor de violín del Instituto Paraguayo.

En 1928 integró como concertino la primera orquesta sinfónica del Paraguay, creada para conmemorar el Centenario de Franz Schubert, y en 1929 fundó junto a Remberto Giménez, Enrique Marsal y Erik Piezunka, el Cuarteto de Asunción, conjunto que tuvo gravitación en la vida musical de la ciudad capital en las década del 30 y 40.

Fruto de sus visitas a reservaciones indígenas dejó una obra: **AIRES LENGUAS** estrenada en 1953 por la Orquesta Sinfónica de la Asociación de Músicos del Paraguay bajo la dirección de Carlos Lara Bareiro.

Falleció en Asunción en abril de 1961.

**Fuente:** **DICCIONARIO DE LA MÚSICA EN EL PARAGUAY** por LUIS SZARAN. Edición de la Jesuitenmission Nürnberg, Alemania 2007. 507 páginas. Edición digital: [www.luisszaran.org](http://www.luisszaran.org).

**ALFREDO KAMPRAD:** Oriundo de Alemania, nació en Linda, Sajonia, en 1893. De una familia de músicos, todavía adolescente era ya segundo violín de una Orquesta Filarmónica de Berlín conducida por grandes músicos como Ricardo Strauss y Sigfried Wagner. Tras el paréntesis de la primera guerra mundial, se restituye a su quehacer artístico y pronto forma su propia orquesta con la que ofrece conciertos en Berlín.

Pero deja la anarquizada y empobrecida Alemania de la postguerra y viaja a América. En 1923 se traslada al Paraguay; aquí cumplió una larga, fecunda y calificada labor de ejecutante y maestro. Al violín, su instrumento preferido, sumaba su profundo conocimiento del cello, la viola y el piano. Vice Director y Profesor del Instituto Paraguayo, primero; habilitó luego su propia academia. De su labor de maestro, la siembra fue fructífera; son pocos los calificados instrumentistas de cuerda que no fueron sus alumnos. Cuando en 1928, en conmemoración del centenario del fallecimiento del gran músico vienés Franz Peter Schubert, el Prof. Remberto Giménez organizó una Orquesta Sinfónica, el maestro Kamprad fue el "concertino"; era sin duda un virtuoso del violín, De él quedó el recuerdo de memorables conciertos, ya con la Sinfónica, o con el "Cuarteto Asunción", que integró con los maestros Remberto Giménez, Enrique Marsal, Erik Piazunka y luego Otakar Platill. No se limitó a su labor de ejecutante y maestro de la música; tan excelsa manifestación del espíritu le llevó también a escribir artículos y dar conferencias. En ellos como en sus interpretaciones, se realizaban en su eternidad las figuras augustas: Beethoven, Bach, Mozart...

En 1930, Kamprad fue protagonista de una experiencia que le penetró muy hondo. Invitado por un amigo, concurrió a una toltería lengua, y tuvo la feliz ocurrencia de ejecutar el violín a un auditorio indígena, melodías clásicas de su repertorio, que cautivaron a los indígenas; ancianos, adultos, y niños. Aquel concierto, y luego otro y otro, fueron los canales de comunicación entre Kamprad y los lenguas. "Me llamó la atención -expresa el maestro en sus apuntes- la devoción con que cantan. La mayor parte de sus cantores tienen voz baritonal. Mientras las mujeres y los niños duermen, los hombres alrededor de una fogata, conversan en su idioma monótono. El cantor tiene la misión de ayudar al buen sueño de mujeres y niños, y a alejar a los espíritus malignos... Una de las principales melodías de los lenguas es el CANTO NOCTURNO, música grave y melancólica.

La música de los LENGUAS, inspiró a Kamprad sus "AIRES LENGUAS", suite para violín y orquesta. Escribió además, otras obras para violín y piano. Alfredo Kamprad, falleció en Asunción en 1961.

**Fuente:** BREVE HISTORIA DE GRANDES HOMBRES . Obra de LUIS G. BENÍTEZ. Ilustraciones de LUIS MENDOZA, RAÚL BECKELMANN, MIRIAM LEZCANO, SATURNINO SOTELO, PEDRO ARMOA. Industrial Gráfica Comuneros, Asunción – Paraguay. 1986 (390 páginas)

## Alfredo Kamprad (Arturo Alsina)

**ALFREDO KAMPRAD**  
(1893 - 1962)

a Víctor Prandi

### Evocando a Beethoven

En las notas iniciales de la quinta sinfonía de Beethoven, el destino se anuncia golpeando a las puertas de la vida en alas de la sagrada armonía del misterio. La bellísima y profunda invocación sugiere al espíritu ávido de la fe, la presencia del alma aprisionada en perecedora dimensión del hombre, deslumbrado y absorto ante el arcánico milagro de la creación. El instante llamado se prolonga en las ondas del torrente musical, emergiendo del coro de voces de la naturaleza en que se ahoga la protesta del hombre que se revela y apenas un rumor de la fontana, frase ardiente, de la oración desesperada. Al reiterativo reclamo, las puertas

se abren y el recién llegado, "llamado o elegido"; penetra en la ruta señalada cuya perspectiva se desvanece en la ignorada lejanía -niebla del tiempo, brumosa vastedad del espacio- a cuyo término han de ofrecer los frutos de la cosecha en el hueco tembloroso de las manos. La ruta, sendero apacible o vereda abrupta, confirma en el pórtico de la suprema evasión ante la acogedora majestad impera la solemne armonía del silencio, sombrío lenguaje de la muerte, que en el sortilegio de la esperanza nos transporta, sordos y ciegos, hasta la luminosa platónica música de las esferas ¡La vida y el destino!: delirio fáustico angustia metafísica aventura humana que cumple su parábola "sin prisa ni pausa como la estrella". Alumbramiento y muerte, dos polos de un mundo en que giran los antípodas del bien y del mal, del amor y del odio, de la duda y la fe, de la idea y el sentimiento; el mundo de la sangre, del latido y de la lágrima.

Clamor y canto, voces de amor en primavera; plegaria de los retablos del otoño; lágrimas de angustia, sudor, sangre del martirio. Las ondas del prodigio sinfónico convuelven en la cumbre que yace Prometeo encadenado, coronan la cruz del Calvario y descienden hasta el desolado "valle de lágrimas" en que, a intervalos, mana «el agua de la vida y florece la luz del amor. El hombre esclavo de su instinto y de la opresión conquista la libertad que lo enaltece al quebrantar las cadenas del oprobio con los aletazos triunfales de su espíritu inmortal. En la fabulosa epopeya entre lo angélico y lo demoníaco, la raza humana se debate entre las tempestades de la pasión que se aquieta, al fin, en remansos de serenidad y, un día, es epifanía triunfal de alegría y otro clamor que implora en ritual ofertorio bajo las sagradas bóvedas del templo. Luz y sombra en los decretos del destino, potestad inexorable: abismo y estrella.

Beethoven ha dotado de un lenguaje al destino para suscitar el diálogo entre lo divino y lo humano de nuestra naturaleza. El hombre transitando hacia la alada brújula del destino, era, confundido por la condena antigua sentencia, escuchando en la sombra de su propia sentencia, un susurro fraternal de la duda que repite por los siglos el "leit motiv" del torturante dilema: "ser o no ser", ora vislumbrando en la noche surcada de relámpagos sobre el fondo de la selva áspera y salvaje, la leyenda del funesto presagio grabada a fuego en la entrada de la caverna infernal: "lasciate ogni speranza"... Pequeñez y grandeza. Viejas sentencias, antiguas palabras que no se olvidan, con raíces en la historia del hombre, terrible y hermosa a la vez en las empresas del crear y el destruir. El genio -arcángel o demonio- eleva o abisma la imperfecta condición humana en las cumbres o abismos de la mirífica creación divina, en tanto la fe busca en las tinieblas y el conocimiento, presencia reveladora hasta entrever en la profunda visión interior del rostro de Dios. Y mientras la legendaria epopeya se renueva la proteica sucesión de generaciones, hombre y destino se detiene al término del peregrinaje frente al pórtico del gran silencio, para internarse luego en los infinitos senderos de la eternidad.

Hemos pensado que hacer preceder estas imaginaciones -nada más que imaginaciones- y solo a título de particular aporte, sería grato a los manes del Profesor Alfredo Kamprad, devoto del culto beethovenismo, en el homenaje que sus alumnos propician a su memoria y que hoy venimos a rendir al hombre, al maestro y al artista que en él se fundieron con ejemplarizadora integridad. En homenaje a quien ha cerrado el ciclo vital con altísima integridad; de quien escuchó el llamado del destino y desde fuentes de amor con admirable consagración lo convirtió en misión de belleza y de bondad. Acaso la sinfonía inmortal pudiera inspirarnos la evocación, diríamos poética de su existencia, si la ubicáramos en coordenadas de vida y, destino, dentro del mágico mundo de la armonía en que su espíritu quemó las alas para iluminarse en un total tributo al ideal.

Intentaremos esta vocación aunque el propósito ha de resultar de seguro, desproporcionado a nuestras limitadas capacidades.

El eco de los golpes anunciadores resuenan en la mente y el corazón de los mortales. El "escrito esta" de las estrellas se imprime en el alma humana y el mortal tiene ya señalado su itinerario en las huellas del sendero fatal. Hablan los designios inescrutables más allá de la sentencia y la palabra. Lo que Shakespeare calla en el límite de la genial expresión en el lenguaje de los hombres, lo dice Beethoven en el inefable idioma de las almas.

Con el girar de la fabulosa rueda del tiempo van rodando las horas en un morir y renacer incesantes, diseminándose en los períodos de la vida. Niñez, balbuceo feliz e inconsciente deslumbramiento, adolescencia, nacer de la vocación, instrumento del destino; juventud, autodescubrimiento, impulso, canción y pasión; madurez, creación plena, angustia por lo que no se hizo, dolor y alegría de alumbramiento por lo que aún se espera hacer; ancianidad, obra cumplida, serenidad, diálogo con los hados propicios adversos en

la media palabra balbucible de la infancia resucitada en un a modo de consolador retorno en el acto final de la tragicomedia humana.

## El músico Kamprad

En la vertiente sinfónica despunta la aurora. Idealmente, bajo la advocación beethoveniana, se nos aparece el músico Kamprad en los primeros tramos de su existencia, creciendo en el ámbito culturalmente propicio de su Alemania natal, en el seno de una familia tradicionalmente dedicada al cultivo de la música. Hogar claro y limpio de la organizada clase media en que la vida transcurre en sucesión de satisfacciones y contrariedades, penas y alegrías, sin que ni unas ni otras turben esa atmósfera de equilibrio moral, propia de los núcleos humanos en que educación y cultura concurren a dignificar la conducta y a formar parte de una disciplina consciente del deber. Su familia ofrece de antaño, la particularidad de estar constituida por maestros de escuela que son músicos a la vez. Maestros y músicos fueron sus padres y sus abuelos. El mismo, artista, legatario del don didáctico, será con el tiempo maestro insigne en el arte de enseñar música. Su padre, organista de mérito, tiene formada su propia orquesta familiar y, por las noches, en el momento que se espera con ansiedad durante el día, padres e hijos convocados en torno al viejo órgano heredado celebran sus conciertos. Beethoven, Bach, Mozart... Están siempre presentes en aquellas veladas musicales. En ese ambiente de espiritual elevación, escucha el niño el llamado del destino, y será entonces un devoto de la "religión de la música", y el violín, el objeto perpetuo de su culto. A los seis años ejecuta difíciles partituras, se manifiesta en una precocidad confiada a los contornos del hogar, sin que trascendiera por decisión paterna a los dominios del gran público. Se nos presenta espontánea la imagen del niño artista abrazando en el sueño el diminuto violín amado, juguete que es ya como una prolongación de su ser.

¡Cantos de amor en primavera en las premonitorias voces del destino! Adolescente se traslada a Berlín y en aquel gran centro cultural completa y perfecciona los conocimientos adquiridos bajo la experta enseñanza del padre con la que imparten los célebres maestros Hans Sitt y Voyer. Desde los diecisiete años y mientras prosigue sus estudios superiores, actúa como segundo violín en la orquesta sinfónica Blüthner que dirigen Ricardo Strauss, Siegmund Von Haussger, Siegfried Wagner y Max Roger en los siete conciertos anuales de Weingarther, realizando, extensas giras por Suiza, Francia e Italia.

Resuenan ahora las voces de la tempestad en el ápice de la sinfonía para conmovir el sombrío escenario de la tragedia. Hay horas en que el alma humana, debatiéndose entre acontecimientos contradictorios y confusos y a la merced del capricho de los hados, se precipita desde cumbres inaccesibles a las oscuras encrucijadas de la adversidad. Ha llegado para Kamprad la hora de la prueba en el sacrificio. Se aparta, entonces, de sus gratos senderos de poesía para penetrar en los atajos de horror. Este varón de la noble estirpe jesucristiana es arrastrado a la vorágine de la primera guerra mundial. Vivirá cuatro años de guerrero, que para su sensibilidad de artista serán; una sola y larga noche de torturante pesadilla. Mas no todo resultará saldo negativo entre los frutos de la terrible prueba. De ella saldrá fortalecido porque de las canteras del dolor ha extraído el metal con que se temple el carácter y, en espíritus delicados como el suyo, el repulsivo holocausto de la sangre lejos de embotar aviva la sensibilidad y exalta la piedad.

El último soplo de la tempestad de la noche de horror protervo se apaga en un radiante amanecer que cubre con un diáfano manto de sol la placidez arcádica del valle. El clamor de la expresión sinfónica se convierte en un canto de paz que se transfunde en la oración cívica la esperanza.

La guerra concluye y el soldado Kamprad vuelve a ser lo que nunca debió dejar de ser: el músico Kamprad. Poseer, ahora una anticipada madurez que fructifica en reflexiva, obstinada determinación. Leal a su vocación, consecuente, trabajador infatigable, se entrega con pasión al estudio. Actúa en conciertos sinfónicos. Entusiasta cultor de la música de cámara, funda y dirige su propio conjunto orquestal, con el que ofrece conciertos en la antigua capital germana. Cuando se siente fuerte, da libertad a las alas de su afán migratorio. Sus presentaciones en la Argentina son celebradas por la crítica y aplaudidas por el público. ¡Vocación y destino!: un crecer y un florecer y un fructificador por dentro que lo libera de sus limitaciones en un vuelo que se pierde en la niebla, pero que la intuición columbra en la meta de los sueños. Vocación,

impulso generador - ¿predestinación, acaso?. Pero ¿puede nuestro albedrío modificar lo que está escrito en las estrellas?. ¿Podrá nuestra voluntad convertirnos, como proclamó el poeta, en "arquitectos del destino"?. Beethoven se detiene en los linderos del enigma.

## En el Paraguay

Kamprad ubica la meta de sus sueños en el Paraguay. En Alemania ha gozado de una niñez feliz; sus días de adolescencia y juventud han transcurrido en la euforia de la iniciación, los estudios, la práctica de su profesión y los horrores de la guerra. Llega a las tierras de América enfermo, prematuramente envejecido, y en ellas, con la paz del espíritu, recupera la salud y juventud. En adelante gozará y sufrirá, tal la sentencia, pero ya no habrá encrucijadas aviesas que lo desvíen de su rumbo.

¿Cómo vino Kamprad al Paraguay? Sólo por una circunstancia fortuita en que el azar jugó el rol del destino. Vale, quizás, la pena de relatar el hecho a manera de anécdota. Durante la guerra, mientras su regimiento permanece destacado en Macedonia, realiza conciertos en los intervalos del servicio, solo o integrando una orquesta formada con otros soldados músicos. Entre ellos se cuenta la señora Hilda de Roche, enfermera del ejército, a quien por su espíritu magnánimo y por la ternura que mana de su labor samaritana la apodan cariñosamente "Tante Hilda" (o sea: Tía Hilda). En uno de aquellos conciertos nuestro artista estrena una bella melodía ignorada hasta entonces por el público, en razón de las inevitables postergaciones impuestas por la contienda. La dispersión que acompaña a la paz, con la separación que ahonda el tiempo y ensancha la distancia, hace que el músico pierda toda comunicación con su noble amiga. Años después, en ocasión de un concierto que ofrece en Rosario de Santa Fe, toca la preferida melodía. A su término, recibe flores y un mensaje anónimo de congratulación en que se hace referencia al estreno en el improvisado concierto de Macedonia. El mensaje lo deja perplejo - ¿quién podría ser, se pregunta desconcertado, el testigo que a los años y tan lejos le trajera el recuerdo de casi desconocida partitura? La incógnita se despeja al presentarse "Tante Hilda", quien, viajera de paso, enterada del concierto, se ha hecho presente para aplaudir al entrañable compañero de penurias y ensueños. La coincidencia tiene un resultado feliz. La dama radica en San Bernardino e invita al joven artista a visitar el Paraguay. Ya en el país, lo atraen, primero, lo aprisionan después, el trato cordial de las gentes y el paradisiaco encanto del paisaje, gratos a su espíritu romántico, sensible a todo sentimiento de belleza. Y el Paraguay terminará por ser su patria de adopción, cálido hogar, campo de labor, cumbre de ansiedades. A él quedará ligado por un pacto de vida y muerte; en él encontrará el amor de la mujer buena y fuerte como la del evangelio, que lo acompañará hasta el fin. Aquí realizará su larga, fecunda labor de enseñante; desarrollará en plenitud su personalidad; madurará sus aptitudes, y al término de la misión, ofrecerá con humildad el resultado de la cosecha: fruto y simiente que colmarán sus manos de sembrador en la hora en que los ojos se cierran a la visión terrenal. No, él no traspasará el límite con las manos vacías.

Cancelaré entonces, en definitiva, los caminos que su ansiedad de artista peregrino pensó transitar. Desde 1923, año de su arribo, salvo 1928, en que regresa a Alemania y el lapso de breves excursiones al exterior, permanecerá en el país hasta su último día.

## Hombre y artista

Recordemos su primer concierto en el entonces Teatro Nacional. A juicio unánime de calificado auditorio, estábamos en presencia de un violinista de relevantes condiciones. En la ocasión lo conocimos. Noble estampa de artista romántico. Joven, frisaba en los treinta años. Vigoroso, de poco menos que mediana estatura, frente amplia, rostro expresivo; la mirada cargada de sueños, la sonrisa de bondad; la palabra suave, el gesto de reflexiva energía. Su relato, en que un innato don de simpatía servía de credencial a la amistad, era el trasunto inequívoco de aristocracia espiritual de la que emanaba como peculiar ornato la rara virtud de la modestia. Culto, su palabra dejaba entrever, discretamente, una pasión, una vital dirección, si

se quiere unilateral en un intelecto por entero consagrado a la vocación musical. Así lo vimos y juzgamos en la fugacidad de la primera impresión en que, acaso, ubicáramos al hombre en la dimensión del artista: leal, fuerte, sincero. No desmintió nunca de conducta o por palabra aquella impresión inicial, y cuando a la inversa, con el correr del tiempo nos fue dado situar al artista en la dimensión del hombre, encontramos entre uno y otro aquella suerte de correspondencia ideal que define sin contradicciones el carácter de una personalidad.

Profesor y vicedirector del "Instituto Paraguayo" en el momento de su radicación, fundó más tarde, al separarse de aquella institución, su propio conservatorio, del que egresaron violinistas que integran en buena proporción nuestras orquestas, entre los cuáles descuella Jorge Moench, concertista paraguayo consagrado por la crítica internacional y en seguro camino de la celebridad.

Concertista, primer violín en orquestas del medio o en compañías extranjeras de paso; profesor, musicólogo, conferenciante, para el desenvolvimiento de tan ardua tarea encontró tiempo este admirable servidor del arte, dotado de una excepcional capacidad de trabajo, de una inagotable buena voluntad y de una responsabilidad que fue escudo y blasón de su severa, inviolada conciencia del deber. Alentador de los jóvenes compositores, contribuyó en buena medida a la evolución de la buena música popular y a su difusión en el plano sinfónico.

En ningún momento se dejó vencer por el desaliento y si, por acaso, lo lastimaron alguna vez las negaciones y postergaciones a que son sometidos, inevitablemente, los hombres de su jerarquía, sólo supo responder con su callada pasión de predestinado, con su tolerante comprensión, con el decoroso silencio de su dignidad abroquelada. La llama del humilde hogar elegido iluminó sus horas tristes o felices; la estrella tutelar fulguró en sus senderos, hasta que el último destello de la lámpara se apagó con el último latido de su corazón. Para él, gloria y fortuna estarán plasmadas en la página inmaculada de la misión cumplida.

Proficua, prolongada labor desarrollada en cuatro décadas de perseverante dedicación. El maestro Kamprad, en definitiva valoración, ha de ser considerado un benemérito de nuestra cultura musical.

Así apreciamos la vida y obra de este artista cuya memoria veneramos. No caben en las líneas de un discurso de homenaje la detallada, integral enumeración de los hechos que suman su total contribución. Sus conciertos periódicos, las celebraciones de las grandes efemérides musicales, la presentación anual de alumnos, su generosa colaboración en toda manifestación de cultura, ilustran el historial de su itinerario artístico. Ensayaremos, empero, un breve análisis de su labor en los aspectos del concertista y musicólogo, situándolos en el escenario del recuerdo, de la anécdota, de la evocación.

Decía con verdad el P. Ignacio Sodupe que "en el arte maravilloso de Kamprad todo es atildado, justo, impecable": Más adelante aludía a su virtuosismo y agregaba seguidamente en tono de protesta de su: "disgusto por esta vida de cenicienta que se ve obligado a soportar"... "recluido a una existencia de excesivo e injusto recato", conceptos que compartimos plenamente.

En trance de evocar, recordamos al maestro Kamprad en las noches de gala de la Orquesta Sinfónica, a la que entregó sin reservas sus mejores entusiasmos. No sería exagerado decir que en el escenario del Teatro Municipal lo vimos envejecer frente a su atril de concertino, a lo largo de las sucesivas muertes y resurrecciones de la orquesta. Evocamos, también, con renovada emoción, la ya vieja estampa del "Cuarteto de Asunción", fundado y dirigido al igual que la Sinfónica, por el maestro Remberto Giménez, denodado "pionero", talento dinámico, voluntad más de diamante que de granito, a cuyas iniciativas tanto debe la cultura del país. Evocamos, por último, en imaginaria resurrección a los músicos extranjeros que integraron el cuarteto y que se nos aparecen en la animada pantalla del recuerdo como imágenes de un cenáculo ilustre congregadas en torno al claro círculo que la luz de los valores proyecta sobre los atriles, mientras ofician el solemne rito de la belleza al rítmico movimiento de los arcos. Allí pareciera estar aún Enrique Marsal, español de nacimiento, artista y caballero, gran amigo, en la cabal y más noble significación conceptual; el alemán Erik Piezunka, violoncelista excepcional, reemplazado más tarde por el checo Otakar Platil, mejor compositor que intérprete y cuyas obras lamentablemente inéditas han de ser apreciadas como la revelación póstuma del creador que vivió, sufrió y murió entre nosotros desconocido en su talento, indigente, postergado. Y entre ellos, Alfredo Kamprad, que los amó en vida y los lloró en la muerte con el llanto de su violín enlutado en la última y desgarradora ofrenda musical de la postrer despedida. Ahora, él también ha ido a sumarse a las

sombras sagradas de sus compañeros, sobreviviendo como ellos en esa forma perfecta de vida que nuestro afecto atribuye a los que sirvieron a la verdad de un ideal y que nuestra devoción guarda y recrea en el tabernáculo del recuerdo.

Justo nos parece recordar a estos músicos extranjeros vinculándolos emotivamente a este homenaje. La recordación no ha de omitir a los de los de los tiempos pasados, a los de hoy, a los de siempre, a todos aquellos que como hombres de buena voluntad se identificaron con nuestra suerte y como artistas nos ofrecieron el caudal generoso de su arte, de su amor, de su conocimiento, de su fe.

Un aspecto de particular interés en esta preclara personalidad es la del musicólogo, inclinación que lo lleva a dictar conferencias, escribir artículos y realizar trabajos de investigación, entre los cuales han de señalarse, específicamente, los efectuados entre los indios lenguas. Con ellos convive en sus campamentos, observa sus costumbres, indaga sobre su mitología y religión, estudia su música y sus danzas trasladando al papel la notación de sus melodías. Hemos leído los artículos referentes a este que publicara en 1935 con notas gráficas y el facsímil de las partituras en la "Revista Geográfica América" que se edita en Buenos Aires, y en la "Revista de Educación" de la Asunción. De estos artículos se desprende un vivo calor de humanidad. Kamprad percibe, diciéndolo con sus propias palabras: "que la música de los lenguas tiene muchísima semejanza con la de los incas"... El artista ofrece conciertos a su auditorio indígena. "Con el primer trozo de música clásica -escribe- había conquistado a todos. Los ancianos fueron en busca de los niños, aun de los más pequeños, para que escucharan la música, nueva para ellos. Ya nadie reía. Yo les había hablado al corazón y descubierto lo más hondo de su sentir. Apenas interrumpía mi música para guardar el violín, todos me pedían a una voz que no dejara de tocar y por la alegría que esta me proporcionaba, seguí ejecutando un buen número de piezas clásicas. La emoción de los indios llegó al extremo de que uno del grupo me extendió espontáneamente la mano en señal de gratitud". ¡Inusitado descubrimiento! Imaginad la música de Mozart, Beethoven, y Schumann interpretada ante un público aborigen en el escenario de la hostil y árida naturaleza chaqueña.

Hemos transcripto estos fragmentos aún a riesgo de prolongar nuestra contribución al homenaje, para dejar bosquejado en sus líneas maestras el perfil de una personalidad poseída de un ardiente sentimiento de solidaridad humana, a la que concurrían el valor moral del hombre y el ideal humanista del artista. Romántico por temperamento, pese a su sólida formación clásica, en aquella alma buena de niño grande hacían conjunción los caminos del amor nazareno: amor al hombre, amor a la naturaleza, amor a toda manifestación de belleza.

Lástima que este amor no alcanzara a ser expresado en la obra de creación que perpetúa o, por lo menos, prolonga la presencia del artista. Kamprad, el sensitivo, consagrado por entero a la interpretación, al estudio y a la enseñanza, no ensayó la composición. Acaso no estuviera dotado de la inspiración creadora, o quizás abrumado por las creaciones de los grandes maestros, por quienes desde niño sentía una ilimitada devoción, se juzgó impotente para emularlos, e inhibido, consideró que fuera de aquellos límites cercanos a la perfección, debía concretarse a ser lo que fue: el fiel intérprete, el virtuoso propalador de la obra del genio.

Como derivación de su labor de profesor y musicólogo o con fines de divulgación, dictó conferencias, en cuyo contenido -fondo y forma- puso de manifiesto su vasta ilustración musical, no la fría y descarnada de los eruditos sin alma, sino la cálida y comunicativa del artista que piensa y habla en función de maestro.

### Al final de la jornada

Hemos visitado al artista en su lecho de dolor y bien lo comprendemos, el ciclo fatal está por cerrarse y el ángel del destino va plegando lentamente sus alas sobre una vida que se desploma. Con la congoja del presentimiento, vuelve el eco de la quinta sinfonía a resonar en la intimidad de nuestra consciencia, esta vez con el grave tono de un funesto presagio. Todo proclama en la sobria estancia la nobilísima trayectoria de una existencia ejemplar. Hay horas en que el alma del hombre se trasfunde en el alma de las cosas. Cerca, al alcance de la mano, el violín propicio; en las paredes, fotografías en que han quedado plasmados acontecimientos felices; en cuidados anaqueles, libros, su valioso repertorio, originales de publicaciones y

conferencias y álbumes de recortes, archivo de los días vividos que se detienen en el recuerdo como arrecifes interpuestos en la corriente del tiempo ¡Tantas cosas que atesoramos con amor y que llegan a ser como un reflejo de nuestra propia vida! Acariciamos el violín con temblor de emoción que se prolonga en un retener de lágrimas cuando estrechamos por última vez su diestra amiga.

Aun con la condena de un diagnóstico sombrío, ha perseverado mientras ha podido permanecer de pie, en la práctica de sus habituales ejercicios de las primeras horas de la mañana: dos horas consagradas al repaso de sus piezas preferidas y dedicadas por entero al culto de la vocación y a la veneración de los maestros. Mas, pronto las energías lo abandonan, el brazo se niega a sostener el arco y el instrumento que no puede apoyarse sobre el pecho lacerado se le cae de la mano. Ha llegado la hora más triste y, a contraluz, la más elevada a la vez que la más bella y profunda, la hora sagrada en que la vida del hombre bueno ofrece sus resultados. Reposa desolado con el violín silencioso, caído a su lado como pájaro aterido par un helado soplo letal. Es el violín de la lección y del mensaje, el mismo de sus memorables conciertos; el del concertino de la Orquesta Sinfónica; el de las amables tenidas invernales; el que cautivara a los indios con la magia de su sonido y reprodujera sus melodías salvajes!. ¡Cómo recordamos, por contraste, al niño abrazando en el sueño el diminuto violín que en las lejanas noches hogareñas sonaba con balbuceos de iniciación en los conciertos de la orquesta familiar!. Es el momento de la separación; el minuto en que dejamos impresa en el sendero fatal la huella de un símbolo. El "nunca más" grazna agorero en la invisible cornisa. El artista toma por última vez el instrumento, lo acaricia largamente y una lágrima hiere las cuerdas arrancándoles la última nota que se apaga en el eco de un sollozo. Esta última nota que contesta al interrogante del destino con un "cumplido está", definitivo. A su lado, la esposa fuerte y buena alentándolo y consolándolo con la ternura del amor verdadero. Más, toda esperanza se disipa ante la certidumbre de lo irremediable. En el hito con la frontera invisible, confundidos en la lágrima y la plegaria, enlazadas las manos consagradas, inclinan las frentes hasta tocarse sobre mudo cordaje, como sobre la cuna vacía del hijo ausente.

Después... se apagan las notas finales de la "Sinfonía del Destino" en solemne "de profundis", ante el pórtico del gran silencio. Calla Beethoven y se aviva la luz de una lejana estrella.

### Sursum Corda

Calla Beethoven; interroga Shakespeare: ¿Morir, dormir, soñar acaso?. ¿La dura vigilia de la vida, se prolonga en el plácido sueño de la muerte? ¡Vida y muerte!. ¿Estaciones, quizás, de un eterno peregrinaje bajo la tutela del destino? Mientras en el rostro de la duda se dibuja una trágica sonrisa, la fe enciende un cirio en el altar. El manto del silencio acalla por igual la imprecación y la plegaria, sombras de palabras sin eco que se pierden en la insondable inmensidad.

Ha muerto el maestro Kamprad. La hora de su muerte es la hora de nuestra gratitud. Gratitud por lo que hizo en esta tierra, en la que eligió su sendero de paz y ubicó la meta de su sueño; la tierra de su siembra y su cosecha. La una, fue su fortuna; la otra, su gloria. La imagen del peregrino que llega al término del viaje, se asocia el recuerdo de los acaeceres del itinerario. Entre nosotros amó y fue amado; sufrió, consoló y fue consolado; soñó y entregó la más pura dación de su espíritu a un supremo ideal. Hasta su última hora de amor y de dolor fue bella.

En su patria de adopción, el maestro Alfredo Kamprad, artífice de nuestra cultura musical, cumplió con altísima dignidad de hombre y de artista, el mandato del destino.

La oración está dicha.

(1) Publicado en la Revista del Ateneo Paraguayo. Asunción, diciembre de 1964,  
p.13-18.

**Enlace al documento fuente: [PARAGUAYOS DE OTROS TIEMPOS](#)**

**Por ARTURO ALSINA**

**LIBRO PARAGUAYO DEL MES**

**Ediciones NAPA, Abril 1983 Nº 24**

**Asunción – Paraguay (210 páginas)**